



CONSTRUIR NUESTRA OBRA Y NUESTRA ENSEÑANZA

SOBRE LOS CIMIENTOS DE LA FE

Madre María Eugenia – 28 de abril de 1889

Los Capítulos de 1889

El volumen impreso de los Capítulos de 1876-77, contiene además siete Capítulos de 1888 (de los que dos son sobre la Madre Thérèse Emmanuel) y dos Capítulos del año 1889: el del 27 de enero y el del 28 de abril. Pero esto no significa que no hayan existido otros capítulos. En efecto, los Archivos conservan un cuaderno que contiene el texto corregido de dieciocho Capítulos de 1889, entre el 13 de enero y el 29 de diciembre (32). El del 28 de abril lleva la mención: «Corregido por Nuestra Madre».

Estos capítulos han sido transcriptos en un volumen, según el proceso litográfico de la época; dos Capítulos mencionados en los Anales, no han sido reproducidos. En este mismo volumen podemos leer quince Capítulos de 1888, es decir, ocho más que en el volumen impreso.

• Situación histórica:

1889: año del Cincuentenario de la Congregación. El año anterior estuvo marcado por la alegría de la aprobación, en Roma, de las Constituciones, el 11 de abril de 1888, y por la fundación en esta ciudad; por la tristeza causada por la muerte de la Madre Thérèse Emmanuel en Cannes, el 3 de mayo, y por la reunión del 7º Capítulo General, para celebrar el Jubileo de los 50 años el 28 de agosto, en la fiesta de san Agustín.

El 2 de setiembre de 1888 después de estos acontecimientos, la Madre María Eugenia comenta, en una instrucción de Capítulo:

«Acabamos de recibir de Dios grandes consuelos: la unión de los corazones, la alegría de encontrarnos casi todas en este Jubileo; hablo de las Madres. Falta una, la más añorada de todas, pero su presencia se ha dejado sentir y su bendición estaba con nosotras. Eso son los consuelos... Esta gran fiesta ha sido muy hermosa... Debemos dar gracias a Dios... En la hora de la prueba hay que acordarse de la hora de la alegría; y en la hora de la alegría, hay que prepararse para la prueba...El final de toda prueba interior, es que Jesucristo vive en nosotras.

El 3 de abril de 1889, gran fiesta para las antiguas alumnas y para las delegaciones de diversas casas; profesión de diez hermanas: cinco de votos temporales, cinco de votos perpetuos.

El 28, la Madre Maria Eugenia habla de nuestros comienzos:

En esta semana celebramos el aniversario del día en que nos reunimos por primera vez y del “espíritu que debe presidir en lo sucesivo nuestras decisiones, nuestro trabajo, nuestras obras”.

(32) Serie MO 1 c 17.

• Sumario del Capítulo:

-Ante todo, el recuerdo de la insignificancia de los comienzos y de la fe de las hermanas, en el futuro de la obra cuyo espíritu era el de «construir todo sobre la doctrina cristiana».

-La evocación de una experiencia común: "los inconvenientes de una enseñanza que se inspira en principios diversos", y la evocación del principio que es la base de nuestra obra: la fe cristiana.

-Una reflexión sobre nuestro arraigo en la Iglesia, sobre el Oficio romano, “una de las fuentes de nuestra vida”.

-Una mirada sobre la Iglesia de Francia y el recuerdo del Padre d'Alzon, “el mejor de nuestros amigos, un padre para nosotras”

Mis queridas hijas

Esta semana celebramos el aniversario del día en que nos reunimos por primera vez. Fue un grupo muy pequeño y muy débil; y una cosa que me sorprende cuando miro hacia atrás, es que, al no tener ninguna de nosotras la idea de fundar. -pues yo no lo pensaba, y la Madre Thérèse Emmanuel o Sor Marie Augustine menos que yo, -no tuvimos nunca, sin embargo, en esos comienzos, ni un instante de duda acerca del futuro de la obra que Dios nos había encomendado. Es verdad que el Padre Combalot, el único que quería fundar, y que nos había escogido como instrumentos, no dudaba ni un instante sobre el futuro: nos comunicó su confianza.

Pero hay otra razón que hoy recuerdo con gusto, porque es la idea que debe presidir siempre en el futuro nuestras decisiones, nuestros trabajos, nuestras obras.

Cuando nos reunimos, para nosotras la obra consistía únicamente en ofrecer a las niñas pensamientos conformes con los de la Iglesia, construir todo en base a la doctrina cristiana.

Todas habíamos experimentado los inconvenientes de una educación inspirada en principios versátiles, mundanos o contrarios al catolicismo. Sin embargo, no es que existiera, en la educación que recibimos, una idea preconcebida de alejar el nombre de Dios y de no querer introducir la religión como base de nuestra enseñanza; pero faltaban convicciones: se leían libros de toda índole, había profesores de cualquier creencia, y era imposible llegar a la edad que teníamos, con una cierta cultura del espíritu, la Madre Thérèse Emmanuel lo experimentaba como yo, -sin haber comprendido el inmenso inconveniente de comportar en su inteligencia, ideas que no todas partían de la verdad.

Por eso el principio que queríamos implantar como base de nuestra obra, era el de proporcionar a las niñas solamente ideas derivadas de la fe cristiana, ideas de la Iglesia. En efecto, habríamos cesado y dejado de existir, ya no tendríamos razón de ser, si nos propusiéramos otra cosa, si esto no fuera siempre la base sobre la que queremos construir la enseñanza de la juventud.

Comprenderéis, Hijas, que es preciso que todo lo que acceda a la inteligencia de nuestras niñas debe estar fundado en la fe, a fin de que, esta inteligencia convencida, pueda, en los días de peligro, convertirse en una fuerza, que las mantenga o que las haga retornar a la línea del deber cristiano. Al principio quisimos, y queremos todavía, aceptar las ideas y las tradiciones de la Iglesia. No pensábamos hacer innovaciones, estábamos muy lejos de ello; solo pensábamos en sacar provecho de lo originario y de lo tradicional de la Iglesia. Es la característica que reconocen en nosotras los Religiosos y las Religiosas de las Órdenes antiguas. Tenemos su espíritu tradicional, tenemos su idiosincrasia, sus ideas, sus costumbres; por eso mismo hemos adoptado, un poco más tarde, el Oficio romano.

El Oficio romano es una de las fuentes de nuestra vida, y de la que podemos obtener este espíritu de la Iglesia. Comprendo lo que decíamos entonces: “Es imposible que Dios no esté velando sobre nuestra obra; porque es imposible, que, en beneficio de tantas niñas, no vele para que su instrucción no esté alumbrada por los principios que brotan de la fe y de las enseñanzas de la Iglesia”.

Este es el verdadero objeto de nuestra confianza, y, en el fondo, el Padre Combalot no deseaba otra cosa. A pesar de su fantasía, de su volubilidad y de su escasa coherencia en lo que emprendía, la viveza de su fe, su largo contacto con los más ilustres obispos de Francia, había colmado su espíritu con las ideas que acabo de expresar, exceptuando el Oficio, al que nunca nos indujo.

Cuando pedimos a Monseñor Affre permiso para rezar el Oficio romano, en primer lugar, nos puso muchas dificultades y nos propuso rezar el Oficio de la diócesis de París, en francés. Le hice ver que podríamos realizar fundaciones en otras diócesis, (hubo una posibilidad de fundar en Estrasburgo, en donde él había sido nombrado obispo), ¿habría, pues, que aceptar el Oficio de cada diócesis? ¿No sería esto un gran inconveniente? Esta objeción le pareció decisiva a Monseñor Affre, y nos dejó adoptar el Oficio divino de la Iglesia, en latín.

Y, sin embargo, Monseñor Affre era un gran obispo, ciertamente no tenía ideas contrarias a la fe; pero quizá tenía algunas que no se correspondían completamente con las de la Iglesia. Las ideas galicanas habían dominado su juventud y le impedían apreciar las tradiciones de la Iglesia, lo que era originario en la Iglesia romana. A parte de esto, tenía una gran inteligencia, un gran talento, y su muerte fue admirable.

Pero los obispos que más influyeron en nosotras, fueron Monseñor Gerbet, Monseñor de Salinis, en quien el Padre Combalot tenía una confianza ilimitada, y el que tenía las ideas más claras, era el Cardenal Gousset, el hombre de la tradición, el hombre de la Iglesia por excelencia. -Tres grandes ideas dominaron la vida de Monseñor Gousset: hacer reconocer y sostener la infalibilidad del Soberano Pontífice; hacer prevalecer el dogma de la Inmaculada Concepción que todavía no había sido definido, y, en fin, volver a aceptar las doctrinas de la teología moral de san Alfonso M^a de Ligorio, porque juzgaba que salvaban a más almas y que eran muy necesarias en los tiempos en los que vivíamos. Después de su muerte, fueron definidos el dogma de la infalibilidad y el de la Inmaculada Concepción, y san Alfonso M^a de Ligorio fue declarado

doctor de la Iglesia. Ved cómo el Cardenal Gousset sentía con la Iglesia, se puede decir que era un hombre de la Iglesia de cuerpo entero.

Me acuerdo de haberle visto una vez muy enfadado con un orador que había predicado un retiro a sus sacerdotes: ¡Madre, me decía con indignación, les ha hablado de muchas devociones, pero no les ha hablado ni una sola vez del Soberano Pontífice, no les ha hablado de Roma, del centro de la Iglesia! Me sentí obligado a levantarme para suplir a lo que no dijo ¡No podía soportar que no hablara de la Sede de Pedro ni del Soberano Pontífice! La influencia de Monseñor Gousset fue buena para nosotras, tradicional y eminentemente en el sentido de lo que nosotras debemos de ser.

Hemos conocido a otros obispos con las mismas ideas, como Monseñor Gay, Monseñor Pie, a los que con frecuencia pedía consejo, y a otros también que nos han aconsejado y ayudado a caminar por esta senda que es la nuestra. Las ideas de estos hombres son las que han dominado en nosotras. El Padre Combalot era el eco: ellos eran sus amigos, pertenecía a su escuela y le aconsejaban. Incluso alguno había pensado en fundar una obra en el mismo sentido que la nuestra. Monseñor Gerbet pensó fundar una obra de diaconisas como servidoras de la Iglesia; pero era una obra demasiado abierta hacia el exterior para poderla coordinar con la vida interior, con la vida litúrgica y monástica.

Cuando, en mi última estancia en Roma, le dije al Cardenal Parocchi: “Nuestra obra es como la expresión de las ideas de tal y tal obispo”, que le nombré, me respondió: “¡Ah! Madre, entonces era la edad de oro de la Iglesia de Francia; esos obispos tenían ideas claras y exactas; me temo que ahora sea la edad de hierro de la Iglesia de Francia”. Este comentario puede parecer severo, y no quiere decir que, en este momento, no tengamos hombres de gran mérito; pero es cierto que entonces había un movimiento sin par. Dom Guéranger estaba a la cabeza de ese movimiento; tuve menos relaciones con él; hoy estamos en contacto con sus Religiosos y me felicito por ello, porque están en la línea de las ideas que nosotras debemos seguir.

En fin, Hijas, el mejor de nuestro amigo, el reverendo Padre d'Alzon, que ha sido un padre para nosotras, era, ante todo, el hombre de la doctrina romana. Todas sus conversaciones, todas sus enseñanzas estaban impregnadas de espíritu de fe; y lo que él apreciaba en nosotras, era, sobre todo, el objetivo del que os pido que nunca os apartéis.

Hoy sois numerosas, queridas Hijas; recordad que, si alguna vez faltamos a nuestra misión, Dios dejará de bendecirnos. Proporcionamos a nuestras niñas una educación que el mundo no considera tan católica, pero que, en efecto, lo es, porque acostumbremos a las niñas a que asistan a los Oficios de la Iglesia, les ayudamos a comprenderlos y a amarlos; les enseñamos -al menos así lo espero-, en el sentido que os acabo de exponer, de manera que todo lo que capte su inteligencia provenga de la fe y de la Iglesia católica.